



LA POÉTICA DE CAMPOAMOR

Si las cosas de la literatura llamasen en España de veras la atención del público, estos días no se hablaría más que de la *Poética* del autor de las *Doloras*. Por desgracia, aquí tiene más importancia un discurso de un diputado *aglutinante*, y hasta lo que calla un prohombre que no sabe hablar, que todos los libros literarios propiamente que puedan escribir los mejores poetas del mundo.

A no ser así, gran polémica habría ya á estas horas con motivo de la *Poética* del gran humorista.

La estética y la retórica de Campoamor, tomadas al pie de la letra, ofrecen grandes peligros á los incautos y á los hombres demasiado serios. Al lado de profundas verdades, sincera y noble revelación del genio, Campoamor escribe *pequeñas paradojas*

no para que se crea aquello, ni siquiera por que él lo crea, sino por gracioso alarde de ingenio.

Bien hace el insigne humorista en advertir que no escribe para los muchachos. ¡Buenas cosas aprenderían los chicos! Aún á muchos grandes puede indigestárseles la *Poética* de Campoamor. Figúrese el lector que idea tendría de lo que es el naturalismo artístico el que tomase al pie de la letra este párrafo:

«El arte es *idealista* cuando las imágenes se aplican á ideas; *realista* cuando se aplican á cosas; y *naturalista* cuando las imágenes se aplican á cosas que repugnan á los sentidos».

El Sr. Campoamor es muy bromista, y por eso dice estas cosas, que no repugnan á los sentidos, pero que no tienen de verdad casi, casi, nada. Pero ¡si Campoamor no ha leído libros del naturalismo, de lo que lleva hoy este nombre! Voy á probarlo. Y advierto que yo tampoco hablo ahora con mucha formalidad. Campoamor dice que no sabe francés; que hasta para entender á Víctor Hugo, ha tenido que recurrir á D. Nemesio Fernández Cuesta (tiene gracia), y que no puede apreciar el valor de una poesía francesa en el original. Pues el *naturalismo* tiene escritas en francés todas sus obras de crítica y la mayor parte de sus novelas. De las traducciones no hay que hablar, porque son muy malas; no tienen nada que ver con el original.

Luego Campoamor... si no sabe francés, no sabe lo que es naturalismo. Dejemos esto, porque en tales materias es imposible hacerle decir al gran poeta cosa que tenga dos cuartos de formalidad. El que no conozca á Campoamor, puede creer que se duerme cuando está más despierto. Muchas veces hace afirmaciones en su conversación, que sería casi ofenderle el creer que tal como las dice las piensa; las dice para que se saque la gracia de la forma en que se expresa; para lucir la paradoja original, la antítesis ingeniosa; porque él, que desprecia las figuras y sólo admite las metáforas, pasa la vida entre hipérboles, antítesis y conceptos de mil clases, todos muy vistosos y de mucha gracia. Un día me dijo que no le gustaba Sarah Bernhard... porque no se le entendía una palabra: ¡siempre el maldito francés! Todas estas *boutades* en labios de uno de los hombres más listos de España, son de mucho efecto. La poética está llena de afirmaciones así, que hay que tomar á beneficio de inventario y á veces al revés del todo. En todo se nota su especial humorismo; hasta en las citas que hace. Lo mismo invoca la autoridad de un gran crítico, que la de cualquier gacetillero que escribe largo y hondo; para él todo lo grande es pequeño y todo lo pequeño grande, y por esto se explica que se irrite, ó haga que se irrite, contra ciertos críticos que le han acusado de plagario.

Qué críticos serán los tales, que según el poeta confiesa, suelen concluir las polémicas pidiéndole dinero; lo cual es convertir las cañas en lanzas, el *palo* en *sable*, según la jerga de ahora. Y he tocado incidentalmente uno de los mayores defectos de la *Poética* de Campoamor. Consagra la mayor parte de su libro á responder á esos que llama críticos, y que son, por lo visto, pordioseros. ¿Qué tiene que ver la literatura con esos señores que piden dinero y destinos? Campoamor debiera curarse del defecto de hacer caso de cualquiera. ¿Qué literato de nota, qué crítico serio le ha tratado jamás de plagiarlo, para que tanto se enfade y tanto insista en materia ya pesada, y la verdad sea dicha, un poco peligrosa por los abusos á que se presta la teoría comunista que Campoamor predica? Campoamor no es plagiarlo, claro que no; ha tenido el capricho de poner en verso pensamientos, y á veces frases ajenas: de Víctor Hugo, Michelet y otros muchos; pero ya ha dicho que no lo volverá hacer corriente; esto se ha concluído. Valera decía bien; fué un capricho pueril ese, que cualquier persona de gusto perdona al *poeta más original* de España, de todo corazón. Los necios ó infames detractores sólo merecen... eso, el dinero que piden, para tapparles la boca. Lo que no tiene perdón es que Campoamor vuelva una y otra vez sobre tal asunto. Además, hay peligros en las teorías de Valera, M. Pelayo y

Campoamor: que este último trae á colación. Todo eso de que el que roba y mata no es ladrón en el arte será muy bonito; pero yo he aconsejado siempre y vuelvo á aconsejar á los literatos, que hagan ellos en punto á propiedad literaria, lo que hacen muchos soñadores socialistas y comunistas que son personas decentes: predicán quizá la abolición de la propiedad... pero no roban.

Por si acaso, cuando se ocurre un pensamiento ó una frase que se recuerda que es de otro, lo mejor es dejárselo; obrar bien es lo que importa. Mozo anda por ahí que copia á Víctor Hugo y está muy tranquilo porque cree que de camino le ha matado. Por otra parte, tampoco está averiguado que sea verdad lo de que los pensamientos no valen cosa, y que el chiste está en mejorar la expresión. Flaubert decía: «el pensamiento, la idea... para los burgueses; para mí la frase, el estilo» (1). Pero aunque lo dijera Flaubert, esto no es más que un paganismo literario que supone afectación, cierto desprecio de las cosas más serias. Señores, las ideas no son grano de anís, cuando son buenas ideas. Así, el que copia un personaje de una novela, todo lo que hay en su carácter, en sus sentimientos y acciones, que no consiste en palabras, es un ladrón ni más ni menos que los Juanillones; por Dios

(1) Flaubert ha explicado esta frase en sus *Cartas á Jorge Sand*. Declara que no desprecia las ideas.

vivo, no metamos los tiquismiquis de la psicología enrevesada en estas materias de la honradez, y buenos seamos que Dios nos ve, como decía mi abuela.

No hay para qué proponerse un orden lógico al tratar de la *Poética* de Campoamor, porque él tampoco pretendió en su librito rigor didáctico, ni sigue la materia por pasos contados, sino saltando de un asunto á otro, como le viene en antojo, dejando muchos, repitiendo bastantes.—Hablo yo también de lo primero que encuentro, siguiendo al autor en este desaliño, que en él tiene gracia y en mí disculpa por lo dicho.

También hay en la *Poética* desgraciadas alusiones políticas, por ejemplo ésta: «El palo es el sexto sentido de los ciegos y de los partidos democráticos». Aserción tan injusta como esta otra: «Si Tirso, Lope y Calderón diesen hoy sus obras al teatro, tendrían que dejar de escribir ó serían silbados inmisericordiosamente, sin más razón que la de estar investidos del carácter autoritario de sacerdotes católicos». Esto es toda una calumnia levantada á la cultura del público moderno. ¿Si creará Campoamor que á él le aplaudimos porque es liberal-conservador? Muchos le aclamamos gran poeta... *á pesar de eso*. Si Tirso resucitara, fraile y todo, sería probablemente, dado su teatro, el jefe de la escuela literaria á que tengo la honra de per-

tenecer; ya sabe Campoamor: la escuela que él llamaría de las cosas que repugnan á los sentidos, á la cual pertenece también *Los buenos y los sabios*, quiera el autor ó no quiera.

Divide Campoamor la crítica en analítica, sintética y satírica.

Llama crítica satírica á lo que escriben los miserables que Picón califica de sabandijas y que son sapos asquerosos. ¿Que tiene que ver la sátira con eso? Crítica satírica es la de Boileau, que de sí mismo decía:

*Censeur un peu fâcheux, mais souvent nécessaire
plus enclin à blâmer que savant à bien faire :*

crítica satírica es la de *Die Xenie*, la de Voltaire, la de Richter, la de Heine, la de Larra; es acaso la más eficaz de las críticas, y de fijo la más amena; la más difícil y la que hace del crítico un carácter literario de los positivos, no de los negativos, no de los eunucos, como decía quien los temió bastante. La crítica satírica es la única de que hacen caso los autores y el público de un país culto, que ya no se pague de lecciones altisonantes. ¿Qué tienen que ver con esa crítica las insolencias y los insultos de los miserables que acaban por vender su silencio? Si Campoamor y otros como él tuviesen el pellejo algo más duro y no hiciesen caso de cuanto les dicen esos mentecatos ó villanos que ofenden con la

impunidad de su pequeñez, nos ahorraríamos estas lamentaciones y tanto hablar de la envidia de los críticos y de sus malas pasadas. Y francamente, á veces, los que por adaptación, ó lo que sea, en los periódicos tenemos el encargo de hablar de libros y comedias, á pesar de la tranquilidad de nuestra conciencia y de la seguridad de nuestra buena intención, á veces digo, dudamos si irá con nosotros algo de eso de la castración intelectual, y lo otro de la baba simbólica, y el veneno y demás atributos de la crítica, según los autores.

Figúrese mi querido amigo y paisano Campoamor, si yo estaré seguro de que él no me cuenta á mí entre esos críticos satíricos que llama Picón sabandijas; yo, que sé lo que D. Ramón me aprecia, y que además nunca le he pedido dinero, y sí su amistad, que no se puede apreciar en oro; pues bien, me he puesto colorado al leer aquello de lo miserable que es la *crítica analítica*, que se pára á considerar si los consonantes de Campoamor son fáciles y los versos asonantados. Precisamente ese defecto se lo he señalado yo al querido poeta, rogándole encarecidamente que se corrigiera de él, en lo posible, para que nadie tuviese nada que murmurar. ¿Soy yo sabandija y cominero porque no me gustan los consonantes en *aba*? Como comprenderá el Sr Campoamor, esto es una broma. Ya sé que eso no va conmigo. No; pero, la verdad,

así, al pronto... confieso que me puse un poco colorado, como dejo dicho.

Por lo demás, repito que lo que llama Campoamor crítica analítica tiene su razón de ser, y á veces es la única que conviene. No cuando se trata de obras como las suyas, que *además de la analítica* necesitan crítica más amplia (pero no por eso más importante). Voy á poner un ejemplo al gran poeta, y acaso le haga fuerza. Un autor de poemas me manda uno que comienza:

Haiga paz, dijo Júpiter Tonante,
y mirad que aquí todos *semos* dioses.

¿No bastan ese *haiga* y ese *semos* para juzgar el poema y sus trascendencias?—Otro ejemplo, este histórico: recibo una novela *para que la critique*; abro el libro y leo: «En el cielo brillaban las estrellas y algunos luceros.» ¿No está juzgado el autor? No puedo decir yo á ese novelista, analíticamente, que es un disparate *sintético* creer que los luceros no son estrellas? Pues ese novelista y otros ciento, todos como él, también hablan los excesos, y de la crítica al por menor ¡desgraciados! ¿Si querrán que se les mida por leguas?—Basta el *nonius*, Sr. Campoamor, basta el *nonius* para esa gente.—Y V. ¿por qué ha de temer la crítica analítica? Pues, que ella, lo mismo que descubre los

defectos menudos (que á veces son como montañas), ¿no descubre también bellezas en los detalles? ¡Cuántas perlas de sus *Doloras* de V. habrá ido coger el crítico buzo, á ese mar hondo de las intenciones, donde manda V. que le lean entre líneas!

Para estudiar todos los primores de composición, las maravillas de verdad poética que hay en *Los buenos y los sabios!* no basta dividir el mundo en *ontológico*, *cosmológico*, y *psicológico*; es necesario saber analizar, es necesario ver los versos por dentro. ¡Pero qué hablo de *Los buenos y los sabios!* Sí, Campoamor, sí, el que los hizo, no les ha sabido sacar toda la *Poética* que tienen. Después de todo, más vale así tal vez. Cuando ustedes los grandes artistas no saben todo lo que han hecho de grande y bello, es cuando lo han hecho más bello y más grande. Galdós no se da cuenta del perfume de inefable encanto que hay en su *Amigo Manso*, según él un pasatiempo; Campoamor no ve el profundo, hermosísimo naturalismo de su *Juan Soldado...* Lo repito, acaso más vale así.

Por este camino se explica que yo, defensor casi incondicional de la poesía de Campoamor, le esté poniendo tantos reparos á su *Poética*.

Pero ya basta. Tomaré aliento y en pocas palabras hablaré de lo que apruebo y alabo.

*
* * *

Llano, franco y sencillo, Campoamor no se envuelve en su orgullo como un dios en una nube para ocultarse á los mortales, departe con todos, baja á la calle á reñir batallas con la crítica menuda, y va sembrando, entre paradojas graciosas, verdades de mucha luz. La *Poética* recuerda, aunque no es de tanta importancia, la introducción á la *Estética* que Richter escribió con el mismo título. Lo recuerdo, porque ahora también se trata de un poeta que escribe una *Poética* para defender su manera de entender el arte y de ser artista; en ambos libros predomina el humorismo llevado con gran habilidad al terreno doctrinal, sin lastimar gran cosa á la verdad misma. Sería absurdo tomar por evidente todo lo que dice Richter, por ejemplo, del romanticismo y del clasicismo; hay allí muchas verdades á *peu-près*, pero en medio de todo, ¡cuánta enseñanza! Los trabajos de *Estética* de Schiller, tan serios, tan profundos, han envejecido más, y hasta muchas teorías de Goethe, están más gastadas que algunos arranques de humor profético de Juan Pablo. Pues en la *Poética* de Campoamor, que obedece á una metafísica estética puramente abstracta, derivación lejana de inocentes filosofías á lo Cousin, por obra y gracia del gran ingenio del poeta, hay rasgos de profundísima intención; reglas seguras que solo dicta el genio; esa singular enseñanza que da de vez en cuando al crítico que anda

el poeta que vuela. Y precisamente, lo mejor de la *Poética* de Campoamor, está en lo que él llamaría lo analítico; en ese elemento que tantas calumnias é injustísimos insultos ha valido desde *Longino* á *Revilla* á todos los preceptistas, pasando por Horacio, por Boileau y por nuestro pobre Hermosilla, á quien hoy se desprecia... porque ha muerto.

Dice Campoamor que el conocer analíticamente lo que es un buen verso es el colmo de la sabiduría; y es verdad que importa mucho. Se lee un verso á quien tiene alma de crítico y juzga; se lee á quien puede serlo de ocasión, y espera otros cuarenta para juzgar y decir si aquello es objetivo ó subjetivo, trascendental ó no trascendental. Campoamor, como se ve, se contradice; pero prueba que ve mucho.

Es verdad, ilustre poeta, hoy ya leen muchos entre líneas; y ¡ay del poeta y del prosista que no dice más que lo que parece que dice! Ese *jugo sinovial* de que Campoamor habla, es lo que entiende y siente el que ama la literatura por ella misma, y á ver esas cosas ocultas ó no verlas, se debe las diferencias de censuras entre los que son críticos y los que pasan por tales sin serlo. En el gusto hay un elemento inefable que se tiene ó no se tiene, y no hay más.

Otra de las cuestiones que preocupan al autor de la *Poética* mucho, es la del lenguaje poético, que

según él, no debe ser especial. En esto le doy en absoluto la razón. El verso debe hablar como la prosa, las pocas veces que se le conceda la palabra; pero con una condición, que también Campoamor impone: que la prosa hable noblemente.

Sin embargo, ciertos giros hay y hasta ciertas palabras, que en verso suenan peor que en prosa, sin que se pueda fijar el motivo. Las palabras que solo expresan abstractas relaciones gramaticales, son como huecos, que en el lenguaje lleno de figuras hacen sombra: nadie es capaz de representarse en la imaginación un *no obstante*, y yo desafío á Campoamor, que usa tantos cómo y cuándo, y gerundios á porrillo, á que se atreva á escribir en una poesía esto: *en el interin*, como no se refera al Interin de Carlos V. Es absurdo procribir el *pero* del verso, como quería Hermosilla, pero... es bueno que no se prodigue.

Cuanto dice el poeta contra los versos rimbombantes y los Píndaros con vejigas, está muy en su punto; y es pura broma cuanto escribe contra Víctor Hugo, que es el mejor poeta del siglo, pese á todas las paradojas del mundo.

Aparte las referencias metafísicas, que repito me parecen abstractas, confusas, la *Poética* de Campoamor lleva una gran ventaja á la mayor parte de libros didácticos de literatura que hoy se escriben, porque la *Poética* es obra de quien conoce y

ama de veras el oficio; en ella se revela una gran lectura oportunísima, la más adecuada al asunto: y por desgracia en las *retóricas filosóficas* al uso no se ve más que vanidades de filosofastros sin gusto ni conocimiento experimental de la materia literaria; discusiones de psicología recreativa, erudición de guardarropía, y en fin, la obra de estiradísimos catedráticos á quienes

harto más valido hubiérais
estudiar forenses fórmulas,

los cuales se dedican á las letras desde el punto de vista, no de las flores, como Campoamor dijo, sino de las oposiciones á cátedras.

El libro de Campoamor, desordenado y todo, basado, ó mejor, con pretensiones de estar basado en filosofías que está averiguado que son buenos deseos y nada más, es á pesar de esto más útil que otros muchos que tratan igual asunto con apariencias de sistemáticos y metódicos. Y sobre todo, es más sencillo, más ameno, de más calor y más vida, y en él se habla de las cosas del Parnaso, no como podría hablar Sancho de las siete cabrillas, sino como quien ha estado por aquellos vericuetos y allí vive.

En estudio más ordenado y largo que preparo con el título *Campoamor*, hay un capítulo en que

mucho más extensa y metódicamente hablo de la *Poética Campoamorina*, que bien merece tales disquisiciones. Vaya esto en descargo de mi conciencia por el desaliño del artículo presente, del cual, gloria á Dios, ya he visto el cabo.

